

FIGARO.

PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripción: En Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado. Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Febrero 15.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 47.

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE
escrita por El Bachiller Avellanado.

CAPÍTULO XVIII.

Que se va todo á mas no poder por esos trigos de Dios.

En esto ya sabrosamente vahaban las marmitas de las frugales viandas y á su derredor iban colocándose las diversas familias, que, despues de dar gracias al Cielo, comenzaron á minorar, ya que no á satisfacer el apetito; y Sancho sacó de la alforja su repuesto, que bien le habian menester Caballero y escudero; y aquel dijo:

—Por aquí verás, Sancho, ahora como el placer de la mesa no son ciertamente los raros y extraordinarios manjares sino la buena disposicion del convidado; la cual tampoco consiste tanto en la salud del cuerpo cuanto en la del ánimo, aunque no lo creas, pues malos hechos roen la conciencia y quitan todo buen sabor y toda gana.

—De salsas, Señor mio, contestó Sancho, la de las campiñas con su paz saludable, y no tener cuidados; envidias ni codicias, ganando el pan cada cual con el sudor de su rostro; que al que vive de enredos y rivalidades vuélvense veneno como los manjares los regalos. Y ahora digo que grande y grave mal debe ser hoy el de los campos pues de tal manera como la que vemos los abandonan sus hijos y sus padres.

—Grave materia, trataste, Sancho, y de gran monta, acerca de la cual solo he de decirte que son los campos á las naciones, ó los estados, como el cimientó al edificio, pues todo sobre ellos se funda y enaltece cuanto puede sostener la vida material y no poco de la espiritual del hombre honrado. Para lo cual es menester que sepas y aprendas á diferenciar y definir lo que llámase produccion y lo que se entiende por industria.

—Digo que sí, contestó Sancho, y

que no debe ser lo mismo lo uno que lo otro; y uno es chanza y otro chancillería; y uno piensa el bayo y otro el que le ensilla; y uno muere de atáfea y otro la desea; y que la fiambre es frío pero remedio de hambre; y los duelos con pan son menos; y en la mesa ni hay discurso bueno ni pena sin remedio; y para valientes vianda entre dientes, á condicion de Valdepeñas.

—Ya que desahogaste y purgaste de refranes, prosigó, Sancho, que la tierra produce cuanto luego trabaja y elabora el hombre para el remedio de sus necesidades; y no hay trabajo sin materia en que se emplee, ni vida sin su alimento necesario.

—¡Gran verdad! interrumpió Sancho; y todo es nada sino trigo y cebada; y ¿qué queréis que os diga? quien no come no costriba; y tripas llevan pies, hermano, aunque os pareciere lo contrario.

—De donde sacarás, Sancho, que la tierra, que formó el cuerpo del hombre, es la que le sustenta y le mantiene. Y ella es la medida así bien de la riqueza de los pueblos, pues vive á la intemperie y no como fábrica ó taller bajo techado; y no hay poner tejados á los campos, porque bien aprenda y sepa el hombre como su mísera existencia toda viene y depende de la faz ya benigna ó ya nublada de la bóveda celestial que la circunda.

—Si, dijo Sancho, que quien al Cielo escupe blasfema y en su rostro estampa la blasfemia.

—Si la tierra fuese así abundosa, añadió Don Quijote, cual pueden serlo los talleres de los hombres, perecido ya hubiese todo el mundo.

—Eso no entendí bien, interrumpió Sancho sorprendido.

—Porque nadando el hombre en la abundancia, prosiguió Don Quijote, habria llevado su vicio hasta el extremo de obligar á ese cielo que digiste á que en su justicia se desplomase sobre la tierra, que es una medida de la universal Providencia.

—Si que dice su merced como es menester, contestó Sancho.

—A lo cual es de añadir, continuó Don Quijote, que la tierra es el patrimonio y hospicio del pobre y no mercadería como las otras; pues no debe ser mal vendida nuestra madre que así nos dió el ser como será un día quien nos dé postrero asilo en sus entrañas.

Sancho: si otro día llegare acaso en que el dinero se hiciese dueño de la tierra, y el dueño la redugese á mercadería, y tratárala á precio y modo de abaceros, el pobre echado á la calle desde su casa devorara en su hambre al potentado.

Y detuvo Sancho su comer por escuchar á su amo, el cual prosiguió severo de esta suerte.

—Has de amar á tú prójimo como á ti mismo; y estas personas han de tener su clara representacion cual la luz de los soles. Yo es la persona de cada uno; el prójimo todas las demás del orbe, menos el individuo que la ley obedece y verifica; y ese *tu* es la razon cual el fundamento de los conjuntos que llamamos hermandades, sociedades, ó cofradías, ó corporaciones; pues solo el individuo hacer puede poco, y es muy mucho que pueda bastarse uno á si mismo.

Así viste en todos tiempos y naciones cual predicaron los hombres las hermandades; pues que lo son los concejos y sus ejércitos, las órdenes, los oficios y profesiones; y es no mas que demencia renegar de ellos, pues son personificacion de tan gran principio.

Con módico y hasta ínfimo sueldo vive el soldado y há su diario cual su festivo equipaje de gran gala, y sus armas, su ahorro su porvenir, y cama y tienda; su alimento, su clarín de la batalla, y hasta el precioso lujo de su orquesta, y su recamado pendón y glorioso estandarte, emblema sublime de una gloria de su patria. ¡Ve si cada soldado por sí otro tanto hiciera!

Por donde conocerás que á gastos y costas tales cuales sin remedio ha de ocasionar la vida de un pueblo, no podrás oponer, Sancho, otro ahorro eficaz en manera alguna sino ese de

las hermandades que te he explicado; pues el prójimo no es un solo hombre, sino, menos uno, todos.

La hermandad es el favor como el necesario auxilio, la esperanza, el amparo, y el mañana del mundo.

—Ahora es el mi pedir, exclamó Sancho, que se junten y reúnan los hombres todos, sin quitar uno solo, que será como llover venturas sobre la tierra; pues al solo hasta el sol se le come y ¡ay del que se ve solo! Con lo que no se andarían las aldeas desamparadas como esta desventurada de vega en monte, que parece bandada de aves de otoño, en peligro de zegríes y gerifaltes, y de milanos y azores y neblies cazadores.

—Mas, fáltanos todavía, Sancho, lo mas necesario, dijo Don Quijote.

—¿Qué hay mas sinó juntarse é irse al caso? repuso Sancho.

—De manera, añadió Don Quijote, que juzgas bastante ese deseo y conato de reunir las gentes para verlas y conservarlas todas reunidas en paz y armonía perdurables.

—¿Que barranca hay por medio? exclamó Sancho.

—¿Así creés, Sancho, que abandonan las gentes el lujo de las ciudades, la ostentacion de sus caprichos ó riquezas, las comodidades, los regalos y diversiones? Tres habitantes sólo cuentan y contar han los campos perpetuamente; que son, la necesidad, la ciencia y la virtud, siempre que las dos últimas hallaren un lugar dó aposentarse, pues una y otra harto le hubieron menester en todos tiempos; mas el que puede busca únicamente su soláz las mas de las veces en su ignorancia lastimosa, conque solo al filósofo estudioso de la gran naturaleza, y, ante todos, al amorador de las virtudes y habitador ya del Cielo en el sótano de la tierra puedes, Sancho enumerar entre los sábios y constantes aldeanos.

Y ve aquí por que la antigüedad salpicó los despoblados con monumentos sacros de su gloria, y matizó las mas inaccesibles rocas, los páramos y despeñaderos, soledades y yermos con los templos eternos de su imperecedera fama y memoria innarcescibles. Atmósfera vital del sentimiento es el elocuente silencio de los campos cual la ciudad difícil práctica de los deberes, en gran manera útiles, si son bien practicados; y si quisieres hallarte ejemplo de todo ello, vé con atención los astros del espacio á un mismo tiempo que la tierra que indiferente pisas y com-

prenderás como aquellos y ésta en su conjunto no son mas que un cuerpo grande al cual llaman propiamente el Universo. En donde el secreto todo no en otra cosa consiste y estriba sinó en la mayor ó menor distancia que las moléculas separa; y así como las terrestres tan inmediatas están unas á otras que puedan servir de apoyo y asiento al diminuto pié del hombre, las celestes, que astros apellidan, se ostentan á la inmensurable distancia del pavimento aéreo del Altísimo, radiante por el día y de estrellas bordado por la noche. Y entre unas moléculas y otras, las de la tierra ó del espacio, no has de buscarte ni encontrar, Sancho, otra cosa sino atracción conque se juntan, calor que las separa y luz conque se mueven, entre innumerables gases que resultan de la circulación del Universo.

—Ahora si que juro y rejuro, exclamó Sancho, que su merced se dejó atrás al mismo Merlín, el de la blanca barba; ¡y váleme el Señor por el teólogo y las filosofías de Aristóteles, si no tienen los libros enteros de todo el Eropago como en la uña, y las sentencias del Zonzorino y los refranes de Peralbillo! ¡Pues, y atájame esas borregas con esas estrellas y esos requiebros y esas recuas que ha encajado como nacidas para el cuento, y esas luces y esos frios y esos calores! ¡Y mal haya para el Bachiller Sansón Carrasco, si él se supo andar en toda su vida por tan altos carrascales!

—¿Cómo se halla tu bota? preguntó Don Quijote.

—Toda bota, dijo Sancho, pues boto fué siempre el vacío de sustancia, y por lo tanto sin mérito.

—Conozco la verdad de lo que dices en tu desmandada é indigesta elocuencia, que parece carreta suelta cuesta abajo, dijo Don Quijote.

—Carretas y aún carretillas hay famosas, replicó Sancho, y mas que se piensa.

—Y vulgos sabios son vulgos soñados, interrumpió D. Quijote; que saber saber es obra de levantados sentimientos.

—Pues vulgos hacen pueblos y alto ronan, dijo Sancho.

—Tal es como lo dices, replicó Don Quijote; como que ninguno ronca mas que el más dormido; y habla abierta á toda clase de negocios vale así como cerrar la boca á toda sabiduría, de suyo prudente y circunspecta. Diablos predicadores son hambres y holgazanías.

Mientras esto pasaban Caballero y

escudero, habíase en grupos varios reunido toda la gente de aquel campo, y unos con otros aldeanos calurosamente murmuraban. Y todos convenían en que la aldea habíase librado de la tutela de antiguas hermandades para caer bajo la férula y poder de los dineros, y antes se andaba en respeto de señores y ahora era la esclava del interese; con lo que era su resolución dividirse y deshacerse en aquel campo, donde en remotos tiempos tuvo su origen, para marchar una parte de los vecinos á las Américas y otra á servir por las ciudades, dejando los lares paternos desamparados, de los cuales la pobreza y miseria así inhumanamente los despedían.

Empero unos caballeros del encantado Palacio, que sin saberse como repentinos habían aparecido, aconsejaban á los rústicos viajeros que incendiasen y abrasasen todo el territorio que antes habían ocupado ya que se veían obligados á abandonarle, pues tal pago merece todo el que ha bienes de fortuna que á todos pertenecen igualmente; y un señor muy grave que oportunamente se apeaba de un poderoso alazán, aún no bien de pié en el suelo, enseñaba ya á los aldeanos como lo que se pierde por un lado puede señaladamente ganarse por el otro. Que ya hay un nuevo Júpiter capitolino que se llama Ciencia humana; y así es decir ya ciencia de esta, y no de otra, como bajar todo ser racional su humillada cabeza hasta tocar al mismo suelo; y la ciencia tenía ya previstos, y además muy bien prevenidos estos casos.

Que bajo la égida del Júpiter científico quedaba todo ser racional autorizarlo para sustentar toda suerte de doctrinas, dictámenes y pareceres por nuevos, extraordinarios y jamás oídos que ellos fuésen, pues que cada hombre há el suyo, y de hombre á hombre no va nada; y había ya un parecer, ó cosa que á tal se asemejaba, con arreglo á el cual los aldeanos podían volverse á sus terrenos y haberlos y hacerlos suyos del todo sin necesidad de pagar su valor ni su precio. Y el científico procedimiento ni llevaba consigo el calor de las llamas ni el ruido del escánlalo por ser un sistema igual á otro cualquiera. Que si fuese otro diferente el maestro aun podrían traerse á tela de juicio las doctrinas; mas, una vez declarado emperador del universo los dineros, no había para que consumirse y acabarse el seso en archivos ni bibliotecas ni en recuerdos de clási-

cos amojamados; tanto mas cuanto que la vida es corta y no hay esperar á alcanzar riquezas á los dias de la vejez que ya no son capaces de gozarlas; sobre que desdichada es la ciencia que no mantiene á sus mismos profesores, y en tanto es ella beneficiosa en cuanto proporcione los caudales que hagan plácida y bonancible la existencia. Que la produccion es, en fin, esclava del caudal y este es el espectro mas anticaritativo de todo el orbe.

Era tal la figura de aquel valle que la continua carrera de las aguas habia con los siglos desplomado las rojizas tierras de la colina inmediata, con lo que amenudo aparecia su desarmado esqueleto de roca viva, cárdeno en grandes manchas, blanco aterido en otras y siempre amenazando desplomarse sobre los débiles descabalados robles que bebían y sáuces que peinaban la sonora corriente de las cristalinas linfas, imagen de placeres, al parecer tan bellos y sencillos cuanto en verdad arruinan socavando; y en el peñón tajado estampándose las frases de las gentes, de tal suerte en otro lado se sentían, conducidas por murmurantes áuras de los ecos, cual si un alado genio por la rastrera y taimada atmósfera á escondidas los delatase propagándolos; y así vino á saber el buen caballero la causa del remolino de las gentes no menos que de sus revueltos ademanes.

—Tiempo es ya, Sancho amigo, exclamó Don Quijote, de dar ejemplo á vulgos, y de mostrar á luz clara del sol de estos castellanos campos lo que va ciertamente de siglos á siglos mal juzgados, y de hombres á siervos de placeres.

—Piensa, pues, la su merced, preguntó Sancho, dar la campal batalla en esta comarca.

—Así como lo dices, ni mas ni menos, respondió tranquilamente Don Quijote.

—Cuenta entonces su merced, añadió Sancho, como aquí terminaron las historias del de la Triste Figura y el Caballero de los Leones; pues bien ve, señor y amo mio, como no es posible que un solo andante haya de habérselas con tantos y tales sus contrarios que espanto causa considerarlo solamente. Y vea así mismo como ni aun Rocinante aparece, que intrincado debe estar en espinos y jarales.

—Dejar hás, Sancho, en esta ocasion á sus anchas al caballo y al rucio, como tambien quedan en tu poder espada y lanza, y la armadura de que he de despojarme en este instante.

Absorto quedó y estático Sancho Panza al oír la determinacion de su señor, y mas cuando vió ser la verdad cuanto este decia, pues con sus hechos lo confirmaba á toda prisa; y así dijo:

—¿Qué se hizo aquí de Don Quijote de la Mancha? ¿y vos, señor mio, así, el Caballero de los Molinos de viento, y del Baciuelmo de Mambrino, y de los Disciplinantes de los campos? ¿Y vos el servidor de mi señora Dulcinea del Toboso? ¿Y vos el de la Cueva de Montesinos? ¿Y esto no puede ser sino que su merced recobró el seso por gracia de Cid el Berengenas, ó ándase esta aventura por Cantabrana! Y tal me verás que no me conocerás; y quien lo suyo dá antes de la muerte mazo en la frente; ¡y quién te vió y quién te ve que te desconozca, á fe!

—¿Seriais, pues, bueno aquí conmigo en campo de batalla y fierro á fierro? interrogó Don Quijote, ¿ó quién ha de entenderos?

—No lo digo por tanto, replicó Sancho, sino que ví siempre á la su merced en otros usos.

—En otras ocasiones, Sancho, que no en aquestas, exclamó Don Quijote, que el andante ha escrito en la su espada. «Ni hay sacarme sin razon ni envainarme sin honor»; ni en esta menguada aventura es necesaria.

Y en cuanto hubo terminado estas palabras, á largo paso fuese al seno de la turba de las agitadas gentes y comenzó á decir de esta manera.

¡Confuso y lleno de espanto que vuestras palabras y acento me traen por demás, ó buenas gentes de Castilla! Tratárades vos en buen hora de desconocidos casos cuanto imposibles al remedio, que no de necios dictámenes y envejecidos cuanto deshechos por el triunfo y la victoria contra mas encarnizados si no mas insidiosos enemigos. ¿Qué dudas os acosan? ¿qué penas insondables ó trabajos sin recurso? ¿qué espantos, sorpresas, dolores que no lleve gloriosamente remediadas el curso de los tiempos magestuoso? Pues á débiles magnanimidades, y á placeres y desusados lujos, sacrificio. Y decid á las gentes que se estiman por pesarosas pompas y aparato; ved este pié descalzo, y raidas y rojas de abrojos estas carnes; que son mis preciados solaces privaciones, y mis sensualidades caridades. Si fácil es esta via, practicadla, si ignorada, aprendedla; si huida, confesad la cobardía, y de todos modos su abnegacion, su gloria y su sublime. Y hallásteis poblacion para los campos, y produccion para los pueblos, riqueza cual honor

para la patria y paz para los hombres.

Encogiose de hombros Sancho, desaparecieron los caballeros del Palacio, huyose el señor del alazán y alzaron en triunfo los aldeanos á Don Quijote; del cual fué el proponer como se fabricasen las primeras chozas con natural ramage de la campiña en derredor de los venerables restos del antiguo monumento y empezasen á vivir de caridades y servicios los habitantes primeros de aquel suelo, ó dispersos á modo de eremitas si no hubiese mas eficaces términos posibles. Y á grandes ocasiones elocuencias.

—Ahora sí, dijo la anciana á Don Quijote, que es llegada la ocasion de que su merced, señor Caballero, que bien le conocemos, acabe de saber las aventuras de la Esperanza, pues ya es acorda lo el quedarnos en este lugar las mas de las gentes que en el nos encontramos, gracias sean dadas á los consejos y advertencias de su merced que son las que hacen al caso, y no dimes y diretes y paños calientes.

—¿Cómo, pues, tan presto tanto? dijo Don Quijote.

—Como que de buenos sentimientos es encender el valor de los corazones para las grandes cosas, contestó la anciana, lo cual no hallará su merced en las del mundo, todas en el dia yertas y heladas que no hay ya quien para nada encuentre arranque. Y los dineros calientan las cabezas y abrasan los deseos para hacer el hombre solamente por si mismo y no para levantadas obras de satisfacion y de provecho; por lo cual advertirá el Señor Caballero como todo ahora se encuentra agostado y consumido, ni se mueve pié ni mano sinó para procurarse la riqueza que no dá de sí mas que melancolías y zozobras. Qué no hay salir ya á la calle sinó para encontrar malhumorados y aburridos y maldicientes mas pobres cuanto mas enriquecidos; y parecen las vias y las plazas patios y pasillos de hospitales de melancólicos y desesperados; y éste se mató, y aquel se arrojó por la ventana, y esotro se levantó la tapa de los sesos por que le faltó vida y le sobraron los dineros y no encontraba medios de gozarlos. Y Adán en cuanto dió en el mal se vió desnudo, que antes ni lo habia notado cuando la hermosa inocencia le vestia.

Y así era la verdad, pues por todo el contorno de aquel valle moviase la multitud y se agitaba por donde quiera, labrando con las jaras y otros arbustos las cabañas en que pudiesen

pasar las primeras noches, mientras el ignorado porvenir mostraba uno ú otro de sus tan innumerables cuanto escondidos caminos; que es grande maravilla considerar como tan varias, tantas y tan caracterizadas sendas, pues una propia y separada tiene prevenida á su libre albedrío cada uno de los hombres, con tal facilidad se ocultan á la ansiosa é incesante vista de los humanos sábios seres; prueba grande de no ser este que habitamos lugar cabal y paradero de nuestra gerarquía, dado que tanto falta de conveniencia y ornamento á este mundo aún con toda su joyería esplendorosa, sus vergeles y espacios inmedidos, alumbrados por la radiante y portentosa luz de tales y tan sublimes astros.

Al rumor desusado de aquellos de suyo taciturnos y tranquilos lares, donde apenas el balido de la oveja, el trinar de la calandria ó el temeroso piár de la alondra á la caída de la tarde, en la ordinaria marcha de los tiempos se observaba ú oía, acudieron los circunvecinos aldeanos ignorantes de tan extraño acontecimiento; y acudían presurosos, ya armados y resueltos á su natural defensa, temerosos acaso de peligros, ya curiosos é impacientes de saber la causa de tan gran reunión y movimiento cuales en toda su vida ni habían presumido; mas, así que conocieron la razón y fundamento del inopinado alboroto, diéronse todos ellos al regocijo, por ser natural condición de las hispanas gentes amar hasta el extremo lo maravilloso y lo heroico, sobre todo si es dirigido y dedicado á las sacras creencias de sus honorables patriarcas; que bien puede decirse que las tierras y mares, no de Europa mas del mundo, ni han desatado nudo, ni abierto campaña, ni alcanzado acontecimiento y triunfo de todo punto digno y memorable sin que el valor y la fe de Pelayo, Recaredo y San Fernando hayan llevado el estandarte al son encantador de las cántigas del Rey fabio.

Con lo cual se disputaban todos la gloria y el honor de ser los primeros en recordar y repetir las costumbres de los primitivos héroes de la historia á fin de aleccionar á cuantos buscan los contentos donde ni hay ni puede haber felicidad, levantando al fin los cobardes y casi extinguidos espíritus bajo la pasajera fascinación del egoísmo. Y en vez de ambiciones renacían generosidades, abandonando cuantos podían la paz y la hacienda

de su casa por realizar la obra grande que dá al hombre el angelino sueño de los niños, que es la empresa sobre todas sublime y deliciosa.

Y aquí es ahora la ocasión de abandonar á las buenas gentes de los campos al sencillo querer de sus inestimables corazones, en cuanto con bien dirigidos, por acudir á escuchar á la orilla del río y sobre un verde ribazo las palabras que decía la anciana á Sancho y Don Quijote, que eran estas.

—Cansar será, acaso, á sus mercedes lo que resta de mi historia, no relatada como muchos suelen, pintando las mareas de corazones y cabezas, que es como llevar en cuenta las nubes y las nieblas que pasan en revueltos días sobre mares alborotados, que al cabo poco sirven de provecho. Y digo, que así como la Esperanza viose señora de piso principal, también lo fué de una carroza que para su soláz la previnieron; y dueñas vertían mañana y tarde los perfumes, en los aposentos habitados de aquel ni soñado palacio además de los olores de las flores tantas que convertían en jardines las estancias. Ni tenían número las galas que cada día se preparaban á la novia, ni los convites y extraños agasajos.

Temíame yo como aquel lujo tanto había de dar de sí consecuencias extraordinarias para mi pobre encomendada criatura, mas no fueron para ella las primeras, sino que á mi vinieron derechas á parar, que así debieron juzgarlo necesario. Díjome, pues, el señor de la aldea como se había prendado tanto de las virtudes cuanto de la belleza de la niña, y nadie como yo podía ser propósito para manifestarla los deseos buenos del nuevo amante. Respondí como era caso peligroso y por demás ridículo interponerse su señoría entre su hijo y la Esperanza; y repuso ceñudo el de los dineros como no había ya que pensar en la vuelta del estudiante, por ser ella imposible. Creí yo entonces tristemente el fallecimiento del muchacho, y así hubiera seguido imaginando mil raras y temerosos acontecimientos, mas de pronto acudió el chico en persona á demostrar la falsedad de los dichos de su padre; y frente á frente se encontraron en un punto los celosos rivales, que ninguno de ellos ceder quería de su derecho pretendido.

Dejéles prudente hablar sin entrometerme á interrumpir lo que pudiera ser para mí muy necesario; y

pocos instantes trascurridos, oí como ordenaba el padre el alejamiento ó la prisión de aquel su hijo, á lo que el joven contestó que el ordenador de disposiciones semejantes no podía ser su padre. Confirmó este entonces la respuesta del estudiante por cuanto el chico aun no estaba legitimado ni jamás habría ser un su heredero, y repuso la criatura que dineros tantos como en aquella casa hervían, tampoco habían podido ser ganados ni gastados legítimamente ni podían heredarse por cuanto ellos ni fueron ni habrían de ser jamás legítimos; y el mercader se arrojó súbito á cerrar la boca de su hijo, y el hijo, juzgando que iba á ser acometido, emprendió su defensa contra el padre, quien dió terrible y repentina caída sobre aquel suelo. El joven huyó precipitado temiendo las resultas de aquel caso, y yo para siempre jamás salí del aposento. Y así es como el mísero interés no une, sino desune, á los que le juzgan poderoso.

Y como relámpago presurosa fui á buscar á la mi pupila, que encontré toda en sus lágrimas bañada, pues el aparecido estudiante primero había estado en aquella habitación que en la otra donde su padre conmigo estuvo hablando. Abrazar intenté á la inocente criatura, mas ella de mí se apartó cuidadosamente porque yo no me manchase con la sangre que corría por sus ropas. ¡Qué es de tí, ó mi pobre pupila! hube de preguntarla en mi azoramiento; pero ella con comprimir su pecho y seguirme hasta la puerta de la sala significó la respuesta mejor que la era posible. Y comenzamos á subir las escaleras hasta dar en el mas próximo y alto piso de la sala, de donde salieron al punto las voces mas desusadas y descompuestas contra las desventuradas que en semejante infernal aposento ibanlos á buscar mas pronto auxilio. Y las voces daban las señoras que en el segundo piso habitaban con el estudiante, pues aquel suelo no era mas en orden que el principal del cual habíamos salido. Por último llegamos, señor Caballero, á lo mas alto de la casa y en los desvanes fué el mi medio de socorrer á la desventurada Esperanza que hubo de intentar el acabar consigo misma con un arma por libertarse de las demasías de la educación del temerario hijo del traficante.

Mas aun no saben sus mercedes como el favor prestado por la infeliz y abandonada huésped de la mísera guardilla fué el de la verdadera esposa del traficante que allí gemía día y noche sin consuelo, constantemente vigilada porque no resonase en la tierra estremecida el rumor de la conducta del hombre de los dineros, los cuales no ven valla, ni hartura en parte alguna, conduciendo al hombre con el impulso del soplo del mismo infierno. Allí estaba la virtud, cual siempre suele en el mundo, lejos de donde verla y sentirla puedan todas gentes, y donde apenas van á visitarla; y donde ella está es el único puerto de su descanso, que es señores míos en la tranquilidad de su conciencia en medio de penalidades y desdichas.